

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, noviembre de 1894 ↔ NÚMERO 6

— Con el presente número se entregará el cuaderno 6.^o de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —

IMPORTANTÍSIMO

Con el presente número van adjuntas, como regalo, 32 páginas correspondientes al 6.^o cuaderno de la novela **Los Voluntarios de la Muerte**. Así es que el precio de esta REVISTA y cuaderno Juntos es de **UN REAL**



LA MATANZA DE LOS HUGONOTES: Después de dar muerte á Taberny, lleváronse á su esposa...

SUMARIO

La matanza de los hugonotes.—El rey Ness (*conclusión*).
—El caballo blanco (*continuación*).—Variedades.

LA MATANZA DE LOS HUGONOTES EN LA FIESTA DE SAN BARTOLOMÉ

— A mediados de agosto de 1572, París estaba lleno de hugonotes, que habían acudido á la capital para asistir al casamiento del rey Enrique de Navarra con la princesa Margarita de Valois. Habíanseles ofrecido diversiones y toda clase de regocijos para que no desconfiaseen de nada y se creyeran seguros; pero trámbase una conspiración contra ellos, y señalóse el domingo, día de San Bartolomé, para poner en ejecución lo que se proyectaba. Habíase elegido la hora de las tres de la mañana para sorprender á las víctimas cuando estuvieran durmiendo, y la señal debía ser el tañido de la gran campana de la iglesia de San Germán l'Auxerrois, inmediata al Louvre.

Estaba dada la orden de cerrar las puertas de París, disponiéndose que algunas compañías de soldados permanecieran al rededor de las murallas, y prevíose que se encenderían luces en toda la ciudad á fin de que los asesinos pudieran ver bien á los que perseguían. Para evitar confusión entre hugonotes y católicos, éstos debían llevar en el brazo una gasa blanca, y en sus sombreros una cruz del mismo color, así como también una imagen de la Virgen, pendiente del cuello. El duque de Guisa fué quien adoptó estas disposiciones.

No era posible hacer todo esto sin que se notase; y es muy extraño que el transporte de armas y artillería, efectuado en la tarde del sábado, no despertara sospechas en los hugonotes. Tal vez se fiaron de la palabra del rey, quien les dijo que todo aquel aparato tenía por objeto combatir á la facción del duque de Guisa, asegurando más la tranquilidad de los protestantes. Dícese que algunos caballeros hugonotes despertaron de su sueño á causa del rumor producido por las tropas y por el resplandor de las hachas, y que, vistiéndose apresuradamente, salieron para preguntar qué ocurría. Como no recibieran contestación satisfactoria, corrieron al Louvre, y allí observaron que el patio exterior estaba lleno de gente armada, que, al verlos sin la gasa y la cruz, comenzaron á gritar: —¡Malditos hugonotes! ¡Pronto os llegará el turno! —Uno de ellos contestó con enojo, y fué atravesado de una lanza. Si el hecho es verdadero, debió ocurrir después de media noche.

Hacia esta hora, mientras los soldados iban á ocupar sus puestos, Catalina de Médicis, la reina madre, salió de sus habitaciones y fué á la del rey, en compañía de la duquesa de Nevers. Carlos IX, que no podía dormir, paseaba de un lado á otro de su aposento, como poseído

de la mayor irritación, sin duda porque le aterraba la enormidad del crimen. Tan pronto maldecía á los hugonotes como juraba que eran sus mejores amigos, y hasta tenía intención de llamarlos para que protegieran la vida de su rey y la suya propia. Cuando entró en su habitación el duque de Anjou, recibióle con un diluvio de imprecaciones; pero éste no contestó, comprendiendo, seguramente, que la menor palabra podía costarle la vida.

Todo era ya agitación en el Louvre, y pronto comenzaron á llegar los conspiradores; los duques de Guisa, De Retz y de Nevers, Birague y Tavannes; mas el rey seguía dando vueltas en su estancia, hasta que, al fin, Catalina, perdida la paciencia, le dirigió la palabra.

— Es demasiado tarde para retroceder,—dijo.—Es necesario cortar el miembro podrido; y si vacilas, perderás la mejor oportunidad que jamás Dios concedió al hombre para librarse de sus enemigos de un solo golpe.

La reina Catalina miró á su hijo, al pronunciar estas palabras, con cierta expresión irónica, como si compadeciera su debilidad e irritación; y después, cual si la triste suerte de sus víctimas despertase momentáneamente en ella un sentimiento compasivo, murmuró para sí cierta frase de un famoso predicador italiano, que solía repetir con frecuencia: «—La merced sería cruel para ellos, y la crueldad misericordiosa!»

El rey, cobrando, al fin, energía, dió las últimas órdenes, y el duque de Guisa salió de palacio á la cabeza de dos compañías de arcabuceros y toda la guardia del duque de Anjou.

Apenas se hubo marchado, Catalina, Carlos IX y su hermano de Anjou, temerosos, sin duda, de perderse de vista uno de otro, y necesitando su mutua presencia para no perder el valor, pasaron á otra habitación, cuyas ventanas daban á la Plaza de Bassecour. Catalina condujo entonces á su hijo á una de aquéllas, y allí, en la oscuridad de la noche, esperaron la señal de muerte, es decir, el toque de la campana de San Germán l'Auxerrois.

«A eso de las dos de la madrugada,—dice la narración del duque de Anjou,—mientras reflexionábamos sobre las consecuencias de aquella grande empresa, de la que, á decir verdad, no nos habíamos ocupado mucho hasta entonces, oímos la detonación de un pistoletazo, la cual produjo tanto efecto en nosotros tres, que nos aturdió por completo y experimentamos indecible terror e inquietud.»

Carlos IX tembló y enjugóse el sudor que bañaba su frente; mientras que Catalina, sintiéndose débil de pronto, tuvo el repentino deseo de dar una contraorden y enviar un mensajero al duque de Guisa para ordenarle que volviera y no intentase nada contra el almirante Coligny.

Ya era demasiado tarde: á la detonación de la pistola contestó á poco el lugubre tañido de la gran campana de San Germán l'Auxerrois, al que siguió, en breves minutos, el toque de las otras iglesias de París. Entonces los solda-

dos salieron de sus escondites; oyóse en las calles el rumor de corridas y crujido de armas, y resonaron los gritos confusos de: — ¡Matar! ¡Matar! ¡Muerte á los hugonotes!

Al poco tiempo volvió el mensajero de la reina Catalina.

— ¡Vuestra Majestad,—dijo.—ha dado la contraorden demasiado tarde! ¡El almirante ha muerto ya!

«Al oír esto,—escribe el duque de Anjou,— dejamos que las cosas siguieran su curso.»

El duque de Guisa había ido directamente desde el palacio á la casa del almirante, acompañado de su tío, el duque de Aumale, *el Bastardo*, de Angulema y el duque de Nevers, con sus guardias y muchos extranjeros, italianos y suizos. El rumor producido por los caballos y los gritos de la soldadesca interrumpieron el silencio de la oscura y estrecha calle donde vivía el almirante, aquejado en aquel momento por la herida que se le infirió pocos días antes en una tentativa para asesinarle. Estaba medio dormido cuando resonó un golpe en la puerta exterior de su domicilio y oyó una voz que gritaba. — ¡Abrid en nombre del rey!

El portero oyó, y, creyendo que sería algún mensaje del Louvre, acudió presuroso con sus llaves para abrir; mas apenas lo hubo hecho cayó bajo los golpes de los asesinos, que, cruzando el patio, penetraron en la casa, no sin haber apostado antes algunos soldados bajo las ventanas, á fin de que nadie escapase.

Los que habitaban la casa habían despertado ya al oír aquel ruido, y los criados saltaron de sus camas para averiguar la causa. Algunos de ellos murieron; otros refugiáronse en sus habitaciones, donde se encerraron, atrancando la puerta. A sus enemigos, sin embargo, les costó poco derribar aquella frágil barricada, y entonces comenzó la persecución por todo el palacio. Los pocos que opusieron resistencia pagaron con sus vidas.

El almirante sospechó desde luego el verdadero objeto de aquella invasión. Incorporóse en el lecho, púsese su bata, y, encomendando su alma á Dios, permaneció tranquilo, sentado en un sillón, esperando su suerte. Detrás de él hallábase su fiel amigo Ambrosio Paré.

A los dos ó tres minutos oyeronse pisadas de hombres que subían la escalera. Abrióse la puerta bruscamente y presentóse en el umbral Cornaton, criado de Colligny.

— ¿Qué se te ofrece? — preguntó Ambrosio Paré. — ¿Qué significa ese ruido?

— Señor,—contestó Cornaton, dirigiéndose á su amo,—ha llegado la última hora: Dios nos llama. Acaban de penetrar en la casa, y nada podemos hacer.

— Hace ya mucho tiempo,—repuso el almirante,—que estoy dispuesto á morir; pero vosotros debéis poneros en salvo antes de que sea demasiado tarde, pues nada podréis hacer ya en mi favor. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Coligny fué obedecido; pero solamente dos hombres pudieron salvarse. Uno de ellos consiguió llegar al último piso y permaneció oculto

tres días, durante los cuales le alimentó una gallina que ponía un huevo todas las mañanas.

Entretanto, el almirante y Ambrosio Paré permanecían solos en la habitación, y el primero tranquilo y sereno, sin manifestar temor alguno. Al cabo de dos minutos de expectativa resonaron de nuevo pasos en la escalera, y la puerta se abrió de nuevo. Los enemigos del almirante se agrupaban en el umbral.

Cosséins entró el primero, ostentando su brillante coraza y con el acero ensangrentado en la mano. Seguíanle Behm, Sarlabous y algunos otros, y detrás de ellos veíanse diez ó doce suizos de la guardia del duque de Anjou, con sus uniformes tricolores, negros, blancos y verdes.

Los asesinos habían esperado resistencia; mas, al pasear su mirada por la habitación y al ver allí solamente dos hombres desarmados, vacilaron y detuvieronse.

Behm fué el primero en recobrar su aplomo y adelantóse hacia Coligny.

— ¿No sois vos el almirante? — preguntóle, amenazando su pecho con la punta de la espada.

— Sí, joven: yo soy Coligny. Pero deberíais respetar mi cabello gris y no mancharlo de sangre. Estoy herido, y... Pero ¿á qué hablar más? Si acortáis mi vida, será con el permiso de Dios.

Apenas el almirante hubo pronunciado estas palabras, el desalmado alemán, profiriendo una blasfemia, hundió su acero en el pecho del almirante.

Aquella fué la señal. Los soldados se precipitaron sobre Coligny, acuchillándole hasta que su cuerpo cayó en tierra, y entonces Behm corrió á la ventana, y, dejándose ver á la luz de las hachas de los que estaban en el patio, gritó:

— Todo ha concluído!

Enrique de Guisa, que esperaba abajo, no quedó satisfecho con esto.

— ¡El Sr. de Angulema! — contestó,—no lo creerá hasta que haya visto el cadáver!

Al oír esto, Behm se acercó al cuerpo del almirante, levantóle del suelo y trató de arrojarle por la ventana; pero aún no se había extinguido la vida, y Coligny apoyó un pie en la pared para oponer resistencia.

— ¡Hola! — exclamó Behm. — Parece que este viejo zorro está vivo aún.

Y, desenvainando su puñal, asestó varios golpes á su víctima, hecho lo cual, Sarlabous ayudó á su compañero para arrojarle á la calle: cayó sobre las piedras produciendo un ruido sordo y horrible.

Varios hombres se acercaron para examinar el cadáver, y apenas les fué posible reconocer á Coligny: tanto le habían mutilado los asesinos.

El Sr. de Angulema se inclinó, y con su pañuelo enjugó un poco la sangre que cubría el rostro.

— ¡Sí: él es! — exclamó el duque de Guisa adelantándose. — Le conozco muy bien.

Y, dando un puntapié al cadáver, volvió á reunirse con los suyos.

—¡Valor, compañeros!—exclamó.—¡Hemos comenzado bien y es preciso concluir de igual manera! ¡Adelante, en nombre del rey!

Así diciendo, montó en su caballo y salió del patio de la casa con el duque de Nevers, que, volviendo la cabeza para mirar el cadáver, soltó una carcajada, exclamando:

—*Sic transit gloria mundi!*

—El olor de un enemigo muerto siempre es agradable.

Hemos dejado al duque de Guisa saliendo del patio de la casa de Coligny; pero apenas había comenzado su sangrienta obra; y para continuarla detívose ante la casa inmediata, la del conde de Teligny, yerno del almirante. Aquí también se derribaron las puertas y dióse muerte á cuanto se encontró. El conde subió hasta el tejado, donde los soldados le dieron



El almirante Coligny

Uno de los soldados, llamado Fesinghi, de origen italiano, arrancó la cadena de oro del cuello del almirante, y otro, un tal Petrucci, le cortó la cabeza para llevarla al Louvre. El tronco quedó donde había caído, aun largo tiempo después de haber quedado la casa sumida en un silencio profundo, silencio de muerte, porque ninguno de los que se encontró allí se pudo salvar. Después, algunos hombres de la multitud quisieron quemar el cadáver; pero no hicieron más que ennegrecerlo y chamascarlo. Más tarde, otros le arrojaron al Sena y sacaronlo después, diciendo que «no era bueno ni para los peces»; y, al fin, el verdugo arrastró el cuerpo hasta las horcas de Montfaucon y lo colgó de los pies. Toda la corte fué á verle allí, y al acercarse el rey al cuerpo del desgraciado almirante, del hombre á quien pocos días antes llamaba *padre*, dijo con tono indiferente:

caza. Muchos pidieron merced para él, aun entre sus mismos enemigos, porque era un caballero muy amable y generalmente apreciado; pero algunos le cogieron, al fin, y cayó herido de muerte, murmurando los nombres de su esposa y de sus hijos. Su vecino, La Rochefoucault, tuvo un fin más breve. Estaba dormido cuando los gritos en la calle le despertaron. Levantóse pesadamente, y, al oír la intimación que se le hacía en nombre del rey, abrió la puerta; pero en el mismo instante cayó sin vida en el umbral, atravesado por cinco ó seis espadas. Después de asesinar á cuantos había en la casa, los soldados continuaron su marcha sangrienta.

Entonces se oía en las calles de París un tumulto espantoso. Los oficiales de palacio corrían por todas partes gritando:

—¡Matarlos á todos! ¡El rey lo manda!

Y la voz corría de boca en boca por todos los

puntos de la ciudad. Con este horrible estrépito mezclábase el crujido de las puertas derribadas, de las detonaciones, del choque de las armas y de los lamentos de las víctimas, que maldecían á sus verdugos, dominando todos estos rumores el lugubre tañido de las campanas de todas las iglesias de la ciudad.

La matanza comenzó en diez ó doce puntos á la vez; el grito era: —¡Abrid, en nombre del rey!— Y los que obedecían la orden eran muertos en el acto. La brutal multitud no se cansaba de matar. El ejemplo de Behm fué imitado por muchos, y en todas las casas donde los

Poco después presentóse el jefe de los guardias, llamado señor de O., y leyó en una lista los nombres de los que acababan de llegar. Apenas contestaba cada uno, mandábasele pasar á un patio, donde había una doble fila de mercenarios suizos, y allí, con la espada y la alabarda, dióse muerte á doscientos caballeros, todos de noble descendencia, mientras que Carlos IX contemplaba desde su ventana aquella sangrienta hecatombe, oyendo los gritos de los que pedían merced. Los suizos saqueaban á los que caían, y más tarde los guardias de Catalina reclamaron su parte de botín



Asesinato de Coligny

asesinos penetraban arrojaban los cuerpos de sus víctimas después de inmolárlas; de modo que al poco tiempo apenas había una calle donde no se encontraran cadáveres.

Mientras la multitud de París se entregaba así á la matanza, el horror de la sangre debió llegar hasta Catalina y su hijo Carlos IX, que, asomados á una de las ventanas del Louvre, podían ver y oír la horrible obra; y entonces se hubiera podido observar allí una de las más repugnantes escenas de aquella sangrienta tragedia.

Rayaba el día, dice la reina Margarita de Navarra, cuando su esposo se levantó para ir á jugar á la pelota y resuelto á dirigirse después á palacio para pedir una explicación sobre el asalto de la casa de Coligny y demandar justicia contra los asesinos. Enrique de Navarra salió acompañado de los caballeros hugonotes, que habían permanecido á su lado toda la noche para defenderle; mas, al llegar al pie de la escalera de palacio, varios soldados le prendieron, desarmando á sus acompañantes, que, al parecer, no opusieron resistencia.

«Las casas de los hugonotes,—dice Enrique White en su narración,—eran fáciles de reconocer, porque se habían señalado las puertas. Los soldados penetraban, matando á cuantos hallaban á su paso, sin respetar la edad ni el sexo; y si alguno escapaba al tejado, cazábale como si fuera un conejo. La lúgubre jornada sirvió para facilitar aquella obra destructora, demasiado repugnante hasta para la más negra oscuridad. Nada bastaba para contener aquella sed de sangre; y mientras que los hombres eran víctimas de la saña y encono de la multitud, las mujeres sufrián toda clase de violencias. Como si el frenesí popular necesitara más estímulo aún, el mariscal Tavannes, que había dirigido todo el movimiento, paseó las calles con el acero ensangrentado, gritando á intervalos:

—¡Matad, matad, que la lluvia de sangre es tan buena en agosto como en mayo!

Cualquiera creería, caritativamente pensando, que aquél era el lenguaje de la excitación del momento, y que, al volver la calma y la tranquilidad, se habría arrepentido de tomar

parte en la horrible matanza; pero no fué así, y hasta la última hora observó igual conducta. En su lecho de muerte hizo la confesión general de sus pecados, sin hacer mención del día de San Bartolomé; y como su hijo manifestara sorpresa por la omisión, contestó: — Considero esa matanza como un acto meritorio, por el cual se me debería dispensar de todos los pecados cometidos durante mi vida.

Amaneció el domingo, y á la caída de la tarde aún se matacía gente. «De modo, que todo el mundo, — dice Capilupi cándidamente, — pudo encontrar más distracción ocupándose en matar y saquear.»

Pero aquel motín, si tal pudiera llamársele, traspasaba ya los límites que Carlos IX y los conspiradores habían señalado. «Durante treinta días consecutivos, — dice un cronista, que escribió sobre el asunto un año después, — la matanza y el robo siguieron su curso. De modo, que en este momento hay en Francia miles de niños, de buenas familias, huérfanos de padre y madre, que piden limosna». Sin embargo, esto no se refiere á París solamente: en la capital, la matanza disminuyó después del tercer día, y había terminado completamente el quinto; pero habíanse enviado mensajeros á las capitales de provincia para invitarlas á seguir el brillante ejemplo de París y pasar á cuchillo á todos cuantos pertenesesen á la Reforma. El consejo fué atendido demasiado bien; pues, según De Thou, el número de víctimas en toda Francia no bajó de treinta mil, si bien muchos calculan doble cifra, suponiendo que ésta fué de cien mil.

Por la confusión que reinaba en aquel tiempo, difícil es señalar la fecha en que tuvieron lugar las matanzas aisladas; pero Salviati, Nuncio del Papa, en una carta escrita en París el tercer día, decía lo siguiente: «Toda la ciudad está sobre las armas. Las casas de los hugonotes han sido invadidas, y se ha matado mucha gente, distinguiéndose el populacho por su avidez en el saqueo. Esta noche, muchos hombres se regocijarán de tener coche y caballos, y comerán y beberán en vajilla de plata, sin haber esperado nunca, ni remotamente, semejante cambio de fortuna. Para mantener al pueblo en sus debidos límites, y á fin de evitar las repugnantes escenas á que da lugar la insolencia de la multitud, se acaba de publicar una proclama, ordenando que habrá tres horas durante las cuales se considerará como crimen robar y matar. La orden se obedece, aunque no del todo, y en las calles no se ven más que cruces blancas en los sombreros y gorras, lo cual produce singular efecto...»

Verdaderamente, había mucho más que ver; pero el Nuncio no juzgó, sin duda, que valía la pena entrar en minuciosos pormenores. Así, por ejemplo, no dijo que las calles estaban llenas de cadáveres de hugonotes, y que por ellas corría su sangre; pero en su carta á Roma, sin duda, hizo observaciones sobre el singular efecto que producirían tantos verdaderos creyentes tomando parte en la matanza. El

Papa debió quedar complacido de la noticia; y dícese que se levantó de su asiento, exclamando alegramente al saber lo ocurrido en París: «— ¡Buena noticia, buena noticia!» Tal era su contento, que dió al mensajero mil coronas, disponiendo que se hicieran salvas en el castillo de San Angelo y se encendieran fuegos artificiales en las calles. Además, se organizó una procesión en la iglesia de San Marcos, donde el Papa, los cardenales, los funcionarios del Estado y los nobles dieron fervorosamente gracias por la matanza de los herejes. Por último, para conmemorar el hecho se acuñó una medalla que tenía en una cara el retrato del Papa, y en la otra la efigie de un ángel exterminador, con una cruz en la mano izquierda y empuñando en la diestra el acero en ademán de matar herejes. La inscripción decía: *Ugo-notorum strages* (la matanza de los hugonotes.)

Pero volvamos á París para referir algunos detalles más de aquellos terribles días.

Entre las primeras víctimas contábase la esposa del plumista del rey Carlos; vivía en el puente de Nuestra Señora, y, habiendo invadido los soldados su casa á las cuatro de la madrugada del domingo, acuchillaronla y arrojaron su cuerpo al Sena. Al caer, quedó prendida en los postes de madera del puente, y entonces arrojaron sobre ella pesadas piedras hasta que la vida se extinguíó del todo. Aun así, su largo cabello sostenía el cuerpo, colgado en los postes, hasta que, al cuarto día, arrojaron también á su marido, cuyo cadáver, chocando con el de la mujer, le desprendió, y los dos fueron arrastrados por la corriente.

Aquel empeño de arrojar á las víctimas por los puentes era, según parece, la diversión favorita de los fieles, y bastante á menudo hacía se lo propio con los vivos, bien fueran hombres, mujeres ó criaturas: se les ataba de pies y manos y lanzábanlos al agua. Llamó la atención un hombre que llevaba dos niños en una cesta como las que usan los traperos, y que los arrojó al río con tanta indiferencia como si tratase de ahogar dos gatos. Una multitud de muchachos, de nueve á diez años de edad, recorrió las calles arrastrando á una pobre criatura con una cuerda al cuello; y también fué una turba de chiquillos la que arrastró el tronco del almirante Coligny al rededor de París.

Entre las víctimas de más edad, podemos hacer mención de Taberny, oficial de ejército; pero como había recibido algún aviso de antemano, resistió un verdadero sitio en su casa, defendiéndose al principio con balas de plomo, y después con proyectiles de toda especie. Al fin, después de sostener la lucha por espacio de nueve horas, manteniendo la multitud á raya, y faltándole ya todos los medios defensivos, salió fuera con su criado, marchando el uno por la derecha y el otro por la izquierda. Muy pronto fué alcanzado; pero sucumbió defendiéndose mientras le quedó un aliento de vida. Los que entraron en la casa vieron allí á su mujer y á su hermana inválida: la primera fué conducida á la prisión desde luego; pero

arrastraron á la segunda, desnuda, por las calles, hasta que la muerte puso término á sus padecimientos.

Otros dos hombres se batieron desesperadamente contra sus asesinos: uno de ellos, Guerchy, sin más armas que su daga, mantuvo en jaque á la multitud durante largo tiempo, y el otro, Soubise, que fué muerto bajo las ventanas de las habitaciones de Catalina en la mañana del domingo. Sin embargo, éstas no eran más excepciones notables, pues la mayor parte de los hugonotes hallábanse desarmados, y hubo una verdadera matanza. Juan Goujon, el escultor, fué muerto mientras trabajaba en su taller, y Pedro Ramus, el gran escolar, sufrió igual suerte. Humilde estudiante en un principio, habíase elevado á la dignidad de profesor de filosofía y retórica en el colegio de Prasle, siendo hijo de padres muy pobres. En su cátedra había dado á conocer lo que á los ojos de las escuelas de la Edad Media se consideraba como una herejía. Acusábanle de haber atacado á Aristóteles, y, en consecuencia, cuando la matanza comenzó, temió lo peor y ocultóse en el sótano de su casa; pero Charpentier, uno de sus rivales, sospechó dónde se hallaba y envió varios asesinos para vengar á Aristóteles. Ramus fué arrancado de su escondite, y, después de arrojarle por la ventana, se arrastró su cuerpo al rededor de la ciudad. Cierta cirujano, que encontró á los que así le llevaban, cortó la cabeza de la víctima para llevársela á su casa, y el tronco fué arrojado, por último, al Sena.

Pedro de la Place, presidente del Tribunal de Aix, fué otra víctima de importancia. Vivía en la extremidad del Marais, en una casa aislada, y en la mañana del domingo, á eso de las seis, el capitán Michel, que era amigo suyo, presentóse en su habitación, con la gasa en el brazo, la cruz blanca en el sombrero, las pistolas en el cinto y el arcabuz al hombro.

—¡Huid! —exclamó.—El duque de Guisa acaba de matar á Coligny, y el rey ha mandado dar muerte á todos los hugonotes. He venido expresamente para salvarlos; pero enseñadme, antes de todo, el oro y plata que tenéis aquí.

—¿Dónde creéis estar? —repuso la Place con tono airado.—Supongo que aún tenemos un rey.

El capitán profirió una blasfemia.

—Venid á verle si os place, —contestó,—y muy pronto sabréis en qué se entretiene.

La Place, sin embargo, prefirió ocuparse de sí propio, y salió por la puerta posterior de la casa, después de haber entregado unas mil coronas á Michel para salvar su vida y su familia. Una vez en la calle, anduvo de un lado á otro, sin encontrar dónde ocultarse, pues todas las puertas se le cerraban, y, al fin, volvió á su casa, donde encontró á su esposa, cuya ansiedad no le había permitido permanecer quieta en su refugio: había vuelto después de ocultar bien á sus hijos, resuelta á no separarse de su marido. Como no ocurría nada que hiciera sospechar peligro alguno, los de la casa se reunieron, según costumbre, en la tarde del domingo

para cumplir con sus deberes religiosos; y después de leerse las oraciones y un capítulo de Job, la Place dirigió la palabra á sus agentes para explicarles el peligro que les amenazaba. En medio de su discurso, presentóse un criado para anunciar que el prevoste Seneschay esperaba abajo con varios arqueros, á fin de escoltarle hasta el Louvre para proteger su vida.

La Place, temiendo una traición, rehusó ir, y el prevoste tuvo á bien retirarse; pero en la mañana del día siguiente volvió, declarando que tenía órdenes terminantes para conducirle á presencia del rey. La señora de la Place insistió en que se trataba de una traición, y quiso acompañar á su esposo; pero éste se opuso.

—Amiga mía, —le dijo, —no debemos confiar en el brazo de ese hombre, sino en el de Dios.

Y como observase que su hijo había puesto una cruz de papel en su sombrero como precaución, añadió:

—Deja esa señal sedicosa, hijo mío: no te pongas eso. La verdadera cruz que debes llevar es la de la aflicción que Dios nos envía para asegurarnos la vida eterna.

Así diciendo, tomó su capa, besó á su esposa y salió con la sonrisa en los labios. Doce arqueros le escoltaban; pero en la esquina de la calle, cuatro hombres armados de dagas detuvieron á los soldados, sin que éstos trataran de proteger á su prisionero. La Place fué muerto á puñaladas, llevaron su cadáver á un estable, arrojaronle después al Sena, y la casa de la víctima fué saqueada.

Uno de los casos más extraordinarios ocurridos en aquellos fatales días fué el que se dió en el hijo del Sr. Caumont de la Force, alojado con otros varios calvinistas en la calle de San Germán. Parece que una semana antes de la matanza, la Force había comprado varios caballos á un tratante de París que, por casualidad, vió al duque de Guisa y á los suyos entrar en el palacio de Coligny; é, introduciéndose en el patio presenció el acto de arrojar el cadáver por la ventana. Ahora bien: el tratante debía tener alguna inquietud sobre el negocio hecho algunas semanas antes, y, bien fuera esto ú otra cosa, el caso es que corrió cuanto pudo para ir á dar aviso al señor de la Force, sabiendo que era hugonote.

Ea aquell tiempo no había puente alguno que uniera el arrabal de San Germán con la ciudad, y, en cumplimiento de la orden del rey, todas las barchas se habían ocupado por la soldadesca, á fin de que los asesinos pudieran cruzar cuando les conviniese.

El honrado tratante llegó á la orilla, y, no viendo bote alguno, arrojóse valerosamente al agua para ganar la orilla opuesta del río. Los cadáveres flotaban cerca de él, y chocaron contra su cuerpo mientras nadaba; pero, sin perder la serenidad, llegó á la otra orilla, franqueó la calle de San Germán, y fué á llamar á la puerta del Sr. de la Force, á quien dijo lo que ocurría.

(Se concluirá)

EL REY NESS

(Conclusión)

—Está muy bien,—contestó Ebbe;—hágase como decís, y, terminada la cacería, retaré uno por uno á todos los pretendientes de Meta á singular combate, con lanzas embotadas ó agudas, ó con cualquiera arma que guste elegir.

—Acepto el reto,—contestó Olaf con expresión de enojo.—Mañana cazaremos; pero al día siguiente os batiréis conmigo á muerte; y aconsejaré á la hermosa Meta que mientras estemos ausentes pida al cielo que conceda á su prometido mejor suerte de la que tuvo la última vez que se cruzaron nuestras armas.

—La buena suerte me favorecerá cuando la necesite,—replicó Ebbe,—y mejor será que Meta suspenda sus oraciones hasta saber cuál de los dos las necesita más.

A la mañana siguiente, al rayar la aurora, todos los caballeros marcharon al bosque, ansiosos de distinguirse en la cacería; pero esta vez no les acompañaron Meta y las otras damas del castillo.

A la caída de la tarde volvieron uno después de otro, y mostraron á Borre lo que habían cazado, reuniéndose, al fin, todos, excepto Olaf y Ebbe. Meta comenzó á experimentar cierta inquietud; deseaba vivamente que su prometido presentase la mayor cantidad de caza, y no podía explicarse qué podía detenerle tanto tiempo. Al fin, comenzó á temer que él y Olaf se hubiesen batido en el bosque; pero su padre la tranquilizó diciendo que antes de marchar por la mañana, cada uno había jurado sobre la empuñadura de su espada no batirse durante la cacería.

Al fin, cuando ya comenzaba á ser tarde, Olaf volvió, y esta vez, así como la primera, aventajó á los demás caballeros por su caza; pero deseábale con ansia ver qué traería Ebbe.

Sin embargo, transcurrió una hora tras otra sin que el joven caballero se presentase, ni se supiera nada de él, y Barre dió la señal para sentarse á la mesa.

En el mismo instante oyóse el sonido de la bocina del vigía, y vióse á Ebbe entrar en el patio del castillo, saludando á todos.

—¡Y bien, caballero Ebbe!—gritó Olaf con acento sarcástico.—¿Dónde está nuestro botín? Paréceme que habréis sido tan afortunado esta vez como en la anterior cacería.

—A decir verdad, no es mucho lo que traigo,—contestó Ebbe con frío acento,—y lo que tengo aquí, apenas valía la pena descargar con ello; pero en la caza todo es casual, y se ha de tomar lo que se pueda coger.

—¡Bien!—exclamó Borre con impaciencia.—Pero veamos qué es.

—Aquí está,—contestó Ebbe, entreabriendo

su capa y arrojando á Olaf á través de la mesa una cabeza humana.

—¿Sabéis á quién pertenecía eso?—añadió, fijando su mirada en Olaf.—Los cuervos del bosque se regalan ahora con el cuerpo.

Todos los caballeros dejaron escapar un grito de asombro, porque en las facciones contraídas de aquella cabeza reconocían las del formidable pirata, las del rey de Ness, las de Trolle, padre de Olaf; pero antes de que pudieran recobrarse de su sorpresa, Ebbe continuó.

—He matado á ese hombre sin fe y sin ley, caballero Borre, para librarios de un vecino molesto y como justa compensación del daño que hizo á mi padre.

Mañana sinceraré mi acto batiéndome á muerte con el caballero Olaf, con las armas que elija.

Pero no se verificó el duelo entre Ebbe y Olaf, porque, con la muerte del pirata, el hijo sintió desmayar su valor, no pareciéndole prudente medirse con un adversario que había conseguido exterminar al temible rey de Ness.

Olaf salió inmediatamente de Egeskov para volver á Trelde, y al día siguiente, después de reunir todos los hombres de Trolle, abandonó el castillo, sin que después se volviera á encontrar ninguno.

Algunos dijeron que Olaf se había dirigido más hacia el N. para establecerse en Sallingland ó en la costa oeste de Zutlandia; mientras que otros supusieron que había abandonado Dinamarca para siempre.

El valor de Ebbe le granjeó mucha consideración en la familia de Borre, y durante largos años el joven caballero y Meta fueron felices.

VARIEDADES

UNA SECTA ULTRASOCIALISTA

Existe una secta de esta especie, de la que es jefe un pintor llamado L. Gravelle, que aca-ricia el bello ideal de volver á las costumbres de la humanidad primitiva y prehistórica.

A esta secta, bastante extraña por las doctrinas que profesa, le faltaba un campo de experiencias, y esto es justamente lo que acaba de encontrar; pues, buscando bien, todo se encuentra en este mundo.

Un rico propietario de Cantal, enamorado de los encantos de la vida salvaje, acaba de poner á disposición de M. Gravelle y sus discípulos cierto número de cavernas y un bosque, en el que les será fácil hacer el género de vida á que se muestran aficionados, sin que nadie los moleste; y, lejos de las miradas de los gendarmes, se entregarán á las dulzuras de la vida de los trogloditas.

Nos parece una enorme chifladura la de resucitar en pleno siglo XIX la existencia del hombre de la época terciaria.